

Sin la mirada del otro, me vivo en soledad.

Existimos en la medida y en el grado en que somos reconocidos por los otros.

¿Qué mayor reconocimiento que dar la vida por el amigo?

¿Vivir, o también, existir?
¡He aquí la cuestión! Víctor Hugo decía que «los animales viven, el hombre existe». Compartimos con los chimpancés el 98% de nuestra composición genética. Un 2% diferencial, nos hace existir como humanos. La frontera que separa vivir y existir es la que nos distingue de los animales.

Y ¿qué es existir? Existir es relacionarse, ponerse bajo la mirada del otro. Nuestro deseo más profundo no es deseo de placer, sino de relación: «el deseo no busca el placer, sino la relación» (W.Fairbairn). Nos hace «existir» la relación. En el aislamiento, aunque vivamos, es como «sí no existiéramos». ¡Y cuántos humanos se quejan de ello! Es verdad que nunca lograremos la relación total, la existencia plena. Nuestro deseo de relación es tan inmenso, que siempre quedará necesariamente insatisfecho.

En todo caso, existimos en la medida y en el grado en que somos reconocidos por los otros. Cuando alguien nos mira, nos aprecia, nos valora, nos acoge. La experiencia de ser reconocido es como el oxígeno del alma, como el aire que respiro. Y necesito ser reconocido todos los días. Así como no me basta haber respirado ayer -¡ he de respirar también hoy!-, así el reconocimiento de ayer no me basta para el hoy. He de vivir permanentemente bajo la mirada del otro. El otro es como el aire para mí. Sin reconocimiento, me asfixio.

Sin la mirada del otro, me vivo en soledad: «yo comencé la muerte por soledad» (Víctor Hugo). La

existencia puede morir antes de que la vida se apague.

Gracias al reconocimiento entramos en una existencia específicamente humana. Necesitamos pruebas de nuestra propia existencia; y las tenemos cuando alguien nos consuela, o nos combate, cuando co-existimos con otros. No hay existencia humana sin la mirada que nos dirigimos unos a otros. El pobre es un inexistente, aquel a quien nadie mira a la cara. Cuando el pobre es reconocido comienza a existir.

Es importante el reconocimiento que viene de los superiores y el que viene de los inferiores y el que viene de los iguales. Así se crean las comunidades humanas, como ámbitos de reconocimiento mutuo. ¡Qué bien suenan en este contexto las palabras de Jesús «Amaos unos a otros, como yo os he amado»!
¿Qué mayor reconocimiento que dar la vida por el amigo?

No sólo necesitamos que reconozcan nuestra existencia, sino que confirmen nuestro valor; quien no reconoce nuestra existencia, nos niega; quien no confirma nuestro valor, nos rechaza. La ausencia de reconocimiento genera angustia existencial. El reconocimiento de nuestro ser y la confirmación de nuestro valor son el oxígeno de la existencia.

Ante la ausencia de reconocimiento intentamos sobrevivir y utilizamos paliativos. Voy a referirme a tres: el fanatismo, la jactancia y el orgullo.

El fanático se identifica con su ídolo, o con su grupo (movimiento,

congregación, partido político, equipo...); se agazapa como persona no-reconocida, tras el reconocimiento que es concedido al grupo o al ídolo. Ser fanático es renunciar a existir como persona. El jactancioso, cansado de esperar a que los otros le reconozcan su justo valor, se ocupa él mismo de la tarea y va por ahí narrando sus grandes acciones. Se desdobra y se mira a sí mismo, como si fuera otro. ¡Qué mentira! El orgulloso no necesita de nadie. Se basta a sí mismo. Lo suyo es dar reconocimientos y no recibirlos. Lo que ocurre es que, debajo del orgullo, hay un animal que vive, pero no un humano que existe.

Hemos nacido para ser reconocidos.

Necesitamos ser mirados para emerger como humanos. Nuestra menesterosidad es nuestro mejor tesoro.

José Cristo Rey **García Paredes**
Ecología del Espíritu
Revista Misión Abierta
1998